

LA INVESTIGACIÓN SOCIOLÓGICA
Y LOS DATOS ESTADÍSTICOS:
UNA CRÍTICA AL POSITIVISMO Y AL SUBJETIVISMO

Manuel García Ferrando
(*Universidad Autónoma de Madrid*)

El tema central del artículo se refiere al uso de los datos censales y estadísticos con el fin de obtener conclusiones de tipo sociológico. Se realiza una crítica a la postura de los etnometodólogos que rechazan el uso de los datos estadísticos y a la actividad de algunos sociólogos «empírico-positivos» que hacen un uso indiscriminado de los datos estadísticos. Se trata de demostrar que el enfrentamiento entre «subjetivistas» y «positivistas», reducible aparentemente a una cuestión del método a utilizar para lograr el conocimiento sobre los fenómenos sociales, debe trasladarse a un plano teórico ya que debe ser desde la teoría y no desde la metodología, como deben plantearse las cuestiones de lo que es objeto material de estudio científico por parte de la sociología, y de cómo deben tratarse los datos pertinentes.

Situado el estudioso de la sociología ante la diversidad de perspectivas teóricas y posturas metodológicas que confluyen en el campo de esta ciencia humanística, puede obtener una sensación de desolación ante la apariencia irreconciliable de muchas de estas posturas y perspectivas. Destacan, en el panorama actual, las nuevas escuelas subjetivistas del interaccionismo simbólico, sobre todo la etnometodología, que ha declarado un abierto enfrentamiento al «positivismo» y al estructuralismo, y al modo en que estas escuelas tratan o investigan el orden social. Por ejemplo, Cicourel (1964) aspira a dismantelar el actual lenguaje sociológico utilizado por los investigadores, y a eliminar buena parte de los intentos sociológicos de medición realizados hasta la fecha. Tanto etnometodólogos —Cicourel (1964 y 1968), Garfinkel (1967), Douglas (1967)— como fenomenólogos —Berger y Luckman (1968)— han adoptado una crítica esencialmente antiteórica de los tipos de prueba y de la clase de evidencia que se han venido utilizando en los estudios empíricos. Proponen una vuelta atrás, de tal manera que a partir del rechazo de la sociología «tradicional y positiva» se pueda comenzar de nuevo desde formas elementales y simples, estudiando para ello las formas en que los seres humanos confieren un significado cultural a su propia realidad social concreta.

Los sociólogos «positivistas», por otra parte, más que hacer manifestaciones tan contundentes como los anteriores autores, se limitan a seguir produciendo trabajos empíricos, desde su propia posición teórica, y a aportar nuevos «datos comprobados», aunque bien es verdad que a menudo seguimos ignorando su significado teórico preciso (Boudon, 1971).

Aparentemente, lo que se debate en el enfrentamiento entre «subjetivistas» y «positivistas»¹ se podría reducir a una cuestión del método que puede y debe utilizarse para lograr el conocimiento sobre los fenómenos sociales, siendo la naturaleza subjetiva de este tipo de fenómenos la causa

1. En el presente trabajo no se discuten las posturas de la sociología crítica, porque ello requeriría un discurso distinto del que aquí se desarrolla.

de la diversidad de los métodos sociológicos. Pero es un principio que vamos a desarrollar en este trabajo, el que cualquier discusión de carácter metodológico tiene necesariamente un fundamento teórico, y que debe ser desde la teoría y no desde la metodología como deben plantearse las cuestiones de lo que es objeto material de estudio científico por parte de la sociología, y de cómo deben tratarse los datos pertinentes.

El uso de los datos censales y estadísticos con el fin de obtener conclusiones de tipo sociológico, va a ser el tema que desarrollaré en este trabajo para poner de manifiesto la necesidad de partir desde premisas estrictamente teóricas, para definir las fuentes del material utilizable en sociología, siendo subsidiaria la importancia de los métodos reales utilizados en la recogida de tales datos estadísticos.²

La crítica de la etnometodología al uso de los datos estadísticos

Los actuales estudios metodológicos pueden referirse a la obra que más los ha influido, esto es, *Studies in Ethnomethodology* de Garfinkel (1967), quien en buena medida trata de desarrollar la obra del filósofo y sociólogo Alfred Schutz, a su vez fuertemente influido por la fenomenología de Husserl.

Según Garfinkel, el objetivo primordial de la etnometodología es el estudio de «cómo las actividades concretas (de los seres humanos) consisten en métodos para hacer analizables las acciones prácticas, el conocimiento de sentido común de las estructuras sociales y el razonamiento social práctico; y en el descubrimiento de propiedades formales de las actividades prácticas y corrientes de sentido común, desde “el interior” de entornos reales, como productos en proceso de tales entornos» (Garfinkel, 1967, vii-viii). Para ello propone estudiar el lenguaje y los significados culturales, basándose en la propia experiencia cotidiana de los seres humanos. Desde esta perspectiva, los datos censales y estadísticos tan ampliamente utilizados por la metodología «ortodoxa» no tienen ningún valor sociológico. Y no sólo eso, sino que para los etnometodólogos, la propia cuantificación de los fenómenos sociales distorsiona la realidad social. Así, Cicourel sostiene que para cuantificar adecuadamente deben establecerse clases equivalentes entre el lenguaje matemático y los fenómenos sociales a cuantificar, lo que resulta problemático dadas las especiales características del mundo social (Cicourel, 1964, 35). No es posible, por ejemplo, calcular

2. En el desarrollo de este punto de vista, sigo de cerca el planteamiento que sobre el mismo realiza Barry Hindess (1973).

la tasa real de suicidios, porque los suicidios no son iguales entre sí, tienen diferentes causas y no pueden juntarse en una misma categoría. Para Douglas, «la atribución de la categoría oficial de la "causa de la muerte" es probablemente el resultado de una compleja interacción de procesos que engloban el escenario material, la secuencia de los sucesos, los "otros significativos" de la persona muerta, diversos funcionarios, el público, y el agente que debe atribuir la categoría» (Douglas, 1967, 190).

Los etnometodólogos resaltan que el sociólogo que desea utilizar los datos estadísticos depende de las observaciones y de la forma en que ha recogido los datos el personal correspondiente. El técnico que diseña el cuestionario del censo, el entrevistador y toda persona que interviene en la recogida de los datos estadísticos, en su codificación y preparación final, parten de una serie de expectativas previas (*background expectancies* en el sentido que le da a este término Garfinkel) con las que «interpretan» la realidad social a la que se enfrentan. Por eso, lo que se denomina «datos» o «resultados» sólo puede entenderse por referencia a las expectativas previas (Cicourel, 1967, 8). Al recopilar datos estadísticos sobre fenómenos sociales, cada encuestador introduce sus expectativas previas y su teoría de sentido común en relación al fenómeno observado. En consecuencia, cabe esperar que fenómenos realmente idénticos puedan ser categorizados diferentemente por diversos encuestadores o, viceversa, que fenómenos diferentes sean categorizados idénticamente en función de las expectativas de los encargados de recoger los datos para el censo.

El punto en el que insisten tanto Cicourel como Douglas es que toda información estadística necesita interpretarse con referencia a las expectativas previas de los observadores que la han recopilado. Además, y tal como pone de relieve Cicourel, se introducen nuevos errores al codificar cada caso, pues a menudo no se sabe exactamente en qué categoría hay que incluir un caso determinado. En una situación tal, el encuestador debe tomar una decisión sobre la marcha (*by fiat*) acerca de la inclusión de un caso en una categoría u otra (Cicourel, 1967, 106).

Si existe tal grado de incertidumbre en el significado de los fenómenos perceptivos que se presentan ante el observador, se comprende la negativa de Douglas a admitir la existencia de tasas reales de suicidio: «El término "tasa potencial de suicidio" se utiliza aquí en vez del término más normal "tasa real de suicidio", simplemente porque es una parte fundamental de nuestro argumento a lo largo de este trabajo que no existe una cosa tal como "tasa real de suicidio". Los suicidios no son unas cosas naturales que estén esperando ser categorizadas correcta o incorrectamente por unos funcionarios. La misma naturaleza de la "cosa" es ella misma problemática de tal manera que los "suicidios" no puede decirse correctamente que exis-

tan (esto es, que sean "cosas") hasta que se realice una categorización» (1967, nota pág. 196).

Lo que universalmente se acepta como tasa real de suicidio es, pues, según Douglas, el producto de una serie de transformaciones y codificaciones de «cosas» impropriamente categorizadas por un aparato burocrático. Las tasas de suicidio que se manejan habitualmente no son tanto reflejo de fenómenos sociales determinados, sino el resultado de un proceso burocrático de producción de datos estadísticos sobre el suicidio.

El sociólogo, pues, si maneja datos estadísticos corre el riesgo de obtener una imagen distorsionada de los fenómenos sociales que pretende analizar, por lo que no le queda otra alternativa, si desea avanzar en el conocimiento científico de la sociedad, que construir teorías «firmemente fundamentadas en descripciones cuidadosas de los sucesos del mundo real. La tarea inmediata con la que nos enfrentamos debe ser claramente la de suministrar descripciones comparativas y cuidadosas de muchas formas de acción social» (Douglas, 1967, 340).

Los etnometodólogos no ponen en duda, pues, la posibilidad de realizar descripciones «cuidadas» de los sucesos del «mundo real». Para Cicourel, la mejor forma de obtener tal información es la técnica de simulación que ha desarrollado Garfinkel (Cicourel, 1964, 165-170). La estrategia de Garfinkel consiste en partir de una situación que se supone «normal» y entonces, sistemáticamente, intentar crear confusión y caos entre los sujetos que participan en la situación. Los procedimientos que producen caos sugerirán inversamente los elementos del orden estable, los «universales» que, según el marco de referencia de Schutz, se utilizan en toda situación social por los actores involucrados en ella. Antes de pasar a utilizar datos estadísticos, el sociólogo tiene que explorar los principios básicos con los que el ser humano organiza sus experiencias en la vida cotidiana (Schutz, 1953; citado por Cicourel, 1964, 61-63). Este conocimiento, para los etnometodólogos, resulta previo a todo lo demás. Mientras no se logre, de poco servirán los datos estadísticos para lograr un mejor conocimiento científico de la acción social.

Evaluación de esta postura

En el tipo de razonamientos desarrollados por dos de los representantes más conspicuos de la posición etnometodológica actual, cabe identificar dos tipos de argumentos en relación con la elaboración de las estadísticas oficiales y el uso que de las mismas hacen los sociólogos: uno que se

refiere a los métodos de observación, y otro relativo a la manipulación de los materiales estadísticos por parte de los burócratas.

La forma en que se realizan las observaciones y se recogen los materiales es un tema central en todos los etnometodólogos desde Schutz y más recientemente Garfinkel. Al preocuparse de la emergencia del significado cultural en el proceso de interacción social, el etnometodólogo tiene que desvelar el significado que cada palabra, el lenguaje en general, tiene en cada situación. El concepto *indexicality/conceptuality* es central en la obra de Garfinkel y en toda la etnometodología posterior. Tal concepto se refiere al hecho de que todas las palabras tienen un significado que depende en buena medida de la situación particular en la que se utilizan.³ Dejando aparte el grave problema epistemológico que plantea el hecho de que la interacción social sólo sea explicable en el contexto —por ejemplo, ¿cómo puede entenderse el significado cultural de una palabra o situación social cruzando transversalmente diferentes contextos, o cómo puede ser compartido tal significado?—, la utilización del lenguaje por los etnometodólogos ofrece otros problemas más inmediatos.

Para Harvey Sacks, uno de los etnometodólogos más influyentes en la actualidad, la ciencia social no puede avanzar sin que el lenguaje socialmente creado pueda ser completamente comprendido por el sociólogo. Hace falta explicar la construcción del lenguaje antes de poder comprender cualquier acción social (Sacks, 1963, 2). Pero como Atwell ha puesto de manifiesto recientemente, no se puede aceptar en último término este razonamiento de Sacks sin caer en diversas tautologías. En primer lugar, el lenguaje es un sistema y, como tal, posee una existencia previa. Por lo tanto, para explicar una palabra hay que hacerlo en términos de otras palabras. Pero, ¿quién explica las primeras palabras? Así, pues, para explicar cualquier lenguaje siempre habrá que partir de algunos términos primitivos no explicados. Sin embargo, Sacks, en su análisis, no es coherente con su razonamiento ideal, ya que establece correspondencias directas entre sus categorías analíticas y las frases seleccionadas. Pero tal correspondencia no puede establecerse sin la propia capacidad social de comprensión lingüística del autor (Attwell, 1974, 190).

3. Nótese la semejanza conceptual del *indexicality/conceptuality* con la orteguiana circunstancialidad: «el mundo, el auténtico mundo es la circunstancia actual—lo que con términos de la antigua filosofía llamábamos antes el aquí y ahora, [...] Antes las circunstancias parecían darse en el mundo [...] ahora es el mundo quien se da en la circunstancia, quien *consiste* en circunstancias» (Ortega y Gasset, 1965, 768-769). Debo a Francisco Murillo, de la Universidad Autónoma de Madrid, la sugerencia original de la anterior analogía.

Algo similar ocurre con las «expectativas previas» y el «conocimiento tácito» que Cicourel señala como elementos distorsionadores en la observación de los objetos reales del mundo. Para evitar este sesgo, Cicourel propone que «al analizar conversaciones e informes, el investigador debe aproximar una “reescritura” del diálogo o prosa de tal manera que pueda comunicar las no formuladas pero *sí vistas aunque no percibidas expectativas* al lector. Tal procedimiento permitiría al lector comprender cómo los participantes y el observador extraen un significado de su entorno tal como lo enmarca el investigador». (Cicourel, 1968, 18; el subrayado es nuestro.)

Pero, como señala Hindess, no se nos alcanza cómo el sociólogo puede describir los «sucesos del mundo real» y comunicar las «vistas pero no percibidas expectativas previas», a no ser que tenga una capacidad, que se le niega al resto de los mortales, para hacer tal cosa prescindiendo de sus propias expectativas previas y de su conocimiento tácito (Hindess, 1973, 11). Por cada descripción de un sociólogo se requiere un segundo relato de cómo sus expectativas previas influyeron su descripción. A su vez, el segundo relato necesitará un tercero, etc. Aparece de este modo una regresión infinita en la que no existe solución para la determinación de las expectativas previas «vistas pero no percibidas». En sus últimas consecuencias lógicas, una posición tal conduce a un relativismo y a un agnosticismo con el que no es posible lograr el rigor científico al que aspira el análisis sociológico.

A la postura de Douglas en relación al uso de los datos estadísticos sobre el suicidio, se le pueden hacer las siguientes objeciones. Al rechazar las «tasas reales de suicidio» como válidas para el análisis sociológico, y proponer una «descripción comparativa y cuidadosa de los sucesos del mundo real», Douglas presupone que el sociólogo tiene una cualidad observacional que es negada al resto de los observadores. Y, lo que es más, supone que tal conocimiento es posible, y que se pueden lograr categorías observacionales perfectamente definidas y unívocas con las que poder desarrollar teorías válidas. Sin embargo, Douglas no señala, como tampoco lo hace Cicourel, los medios de que dispone el sociólogo para obtener este conocimiento.

Resulta también contradictorio en las posiciones que sostienen los anteriores etnometodólogos, el que aceptando la posibilidad de que se pueda lograr el conocimiento de los objetos del mundo real a través de observaciones cuidadosas, nieguen la posibilidad de perfeccionar las fuentes estadísticas. Porque si el porcentaje de categorías mal clasificadas por los encuestadores y otros funcionarios que participan en la elaboración de los datos estadísticos no pasa, por ejemplo, del 5 %, siempre será posible trabajar con tales datos teniendo en cuenta el anterior error. Otra cosa

sería que el error fuese del 90 %. Pero en cualquier caso, si realmente existe la posibilidad de mejorar el conocimiento a través del perfeccionamiento de los métodos de observación, tal como sostienen los etnometodólogos, siempre queda la posibilidad de entrenar a los encuestadores en las nuevas técnicas de observación con el fin de minimizar el error en los métodos de recolección de datos estadísticos (Hindess, 1973, 18). Sin embargo, con su rechazo total de los datos estadísticos, los etnometodólogos niegan tal posibilidad. Resulta evidente, para Hindess, que «los argumentos de la fenomenología y la etnometodología en relación a las estadísticas oficiales conduce inexorablemente a negar la posibilidad del conocimiento racional, que esta negativa no puede restringirse a los dominios limitados de los materiales utilizados por los sociólogos, y que se puede generalizar a todas las formas del conocimiento racional» (1973, 26).

Esta incapacidad de la etnometodología para la producción de conocimiento teórico relevante para el sociólogo que señala Hindess, parece compartirla Attwell, quien no encuentra ninguna utilidad en la estrategia de los etnometodólogos de «renunciar a todos los niveles de datos sociológicamente relevantes en la vana esperanza de encontrar las propiedades “básicas” que estructuran la experiencia a algún otro nivel. Lo que resulta es una psicología desprovista de cualquier relevancia sociológica» (Attwell, 1974, 209; el subrayado es nuestro).

Pudiera ser interesante destacar que la acusación de psicologismo que Attwell formula a la etnometodología contemporánea, es en cierto modo similar a la crítica que Znaniecki hizo en su momento a la fenomenología de Husserl. En efecto, Znaniecki (1968, e. o. 1934, 167-172) reconoce que la experiencia sustitutiva (*vicarious*) es de gran utilidad en la sociología, pero no es la única. La «reproducción ideacional de un sistema» que postulan los fenomenólogos puede ser de interés para el conocimiento científico, ya que permite una cierta comprensión del significado de los valores en su conexión estructural. Pero de ninguna manera puede ser el único método válido de conocimiento científico para las ciencias culturales. Destaca Znaniecki que el primero en aplicar el punto de vista fenomenológico en el campo de la lógica a sistemas ideales de conocimiento simbólicamente organizado, fue Husserl, quien no distinguió, al igual que el resto de los fenomenólogos, suficientemente «las actividades ideacionales de las actividades reales» (*realistic*) (Znaniecki, 1968, 170). Znaniecki no niega que el sociólogo pueda construir un sistema real construido por otros, como un participante «ideal», ocupándose de los valores no como objetos reales, sino como «ideas». Esto es posible porque muchas actividades culturales son originalmente «ideacionales», y no parten de objetos reales. Por ejemplo, la planificación económica es una actividad ideacional al igual

que lo es el soñar despierto durante el día. Pero no todas las actividades culturales tienen un origen «ideacional». Así, cuando reproducimos ideacionalmente la actividad de un médico o de un soldado, de un miembro de un grupo o de un grupo entero —agentes todos ellos que utilizan instrumentos sociales para influir a otros en la vida real—, nuestra reconstrucción de sus sistemas es diferente de su construcción original, y la experiencia del sociólogo difiere obviamente de aquélla. «La cuestión es cuán relevantes son las diferencias con fines científicos. [...] Esta pregunta no puede responderse *a priori* para todos los casos. Depende del problema teórico para el que se utiliza un material determinado y también de la capacidad del sociólogo para “comprender”, para obtener experiencia sustitutiva [*vicarious*] al aproximarse a la experiencia original en los puntos científicamente relevantes» (Znanieki, 1968, 170-171).

La necesidad, que plantea Znanieki, de preguntarse por la relevancia de los materiales a utilizar siempre en función del problema teórico que se pretende analizar, es central para el argumento que venimos desarrollando en torno al uso de las estadísticas oficiales con fines sociológicos. La evaluación de los datos estadísticos no puede hacerse en función del grado de subjetivismo que introduce el encuestador, ni tampoco en función de sus expectativas previas, sino en relación a las conceptualizaciones teóricas que han guiado el diseño del instrumento utilizado en la recogida de los datos censales. Éstos, al igual que cualquier otra forma de conocimiento, deben analizarse como un producto y, como en todo producto, es preciso tener en cuenta las condiciones y los instrumentos de su producción (Hindess, 1973, 12). Por eso es necesario distinguir, al referirse a los censos, entre dos series de instrumentos: los instrumentos técnicos de la encuesta, y los instrumentos «conceptuales» o sistemas de conceptos y categorías que deciden la distribución de los casos en las diversas clases. Tales sistemas de conceptos y categorías no pueden provenir de otro lugar que de una adecuada teoría, y de ninguna manera de nuestra mayor o menor experiencia observacional.

Sostener una concepción del conocimiento reducible a la propia experiencia del investigador, como hacen los etnometodólogos, es adoptar una posición preteórica análoga, aunque ello pueda parecer aparentemente contradictorio, a la que sostienen los representantes más ortodoxos de la sociología «positivista» cuantitativa, tan criticados por los propios etnometodólogos.

El punto de vista empírico-positivista

En primer lugar conviene señalar la confusión a la que puede conducir el uso indiscriminado del vocablo «positivista». En el presente trabajo, nuestra crítica va dirigida al tipo de conceptualización y pruebas que emplean aquellos sociólogos empíricos que podrían estar representados por H. M. Blalock y P. F. Lazarsfeld, y al tipo de filosofía de la ciencia tal como la desarrollan R. Carnap y R. Reichenbach, entre otros.

Los libros de texto de metodología y estadística social que se encuentran dentro de la línea teórica y conceptual de Blalock y Lazarsfeld, presuponen que es posible la distribución real de los individuos en determinadas categorías de respuesta. La evaluación de una distribución estadística se realiza en función de su desviación a una supuesta distribución verdadera, esto es, en relación al error total de las respuestas. Este error total puede descomponerse en un error de muestreo y en otra serie de errores cuyas fuentes se encuentran en los defectos de diseño de los cuestionarios, en las respuestas incompletas, en los rechazos, etc. (Lazerwitz, 1968, 287-288). La teoría de las muestras tiene como finalidad última minimizar los errores de muestreo; la muestra tiene que dar una representación lo más precisa posible de la población de la que se extrae, de tal manera que refleje con la mayor aproximación las diversas pautas y subclases de dicha población (Lazerwitz, 1968, 279). Se presupone que la distribución «verdadera» de la población es independiente de la investigación. El problema central, tal como lo concibe la posición empírico-positivista de un Blalock, por ejemplo, no es otro que el de la medida, a través de indicadores, de los conceptos que informan una teoría determinada. Blalock distingue entre conceptos teóricos y conceptos operacionales, los primeros no asociados con operaciones y los segundos sí. Para verificar hipótesis «es evidente que aquellos conceptos no asociados con operaciones deben ser mantenidos aparte de aquellas proposiciones que pretendan ser hipótesis verificables» (Blalock, 1968, 11). Los dos tipos de conceptos, teóricos y operacionales, corresponden, pues, a los dos tipos de lenguaje que, según Blalock, utilizan los sociólogos, «uno de ellos en algún sentido más completo que el otro. El primero es el lenguaje teórico con el que realizamos nuestra reflexión. El segundo es un lenguaje operacional que engloba instrucciones explícitas para clasificar o medir. Los dos lenguajes no pueden estar unidos por ningún argumento estrictamente lógico. En vez de ello, debe establecerse una correspondencia entre dos conceptos, uno en cada lenguaje, por acuerdo común o por supuestos previos» (Blalock, 1968, 23-24). En este proceso de unión o relación entre ambos conceptos y lenguajes, juega un papel importante la teoría auxiliar, que, según Blalock, hace más plausible

y simple la verificación de la teoría general, siempre más compleja, que guía la investigación.

La distinción entre lenguaje teórico y lenguaje operacional de Blalock, es similar a la distinción entre lenguaje teórico y lenguaje observacional de Feigl (1967), ampliamente difundida por Carnap (1967). Según este último autor, «en las discusiones de metodología científica es corriente y útil dividir el lenguaje de la ciencia en dos grandes apartados, el lenguaje observacional y el lenguaje teórico. El lenguaje observacional se sirve de términos que designan propiedades y relaciones observables para la descripción de cosas o sucesos igualmente observables. El lenguaje teórico, por su parte, contiene términos que pueden referirse a sucesos inobservables o a aspectos o rasgos de estos últimos, como es el caso, por ejemplo, de micropartículas —así, electrones o átomos—, campos electromagnéticos o gravitacionales en el dominio de la física, o el caso, por ejemplo, de una gran variedad de impulsos y disposiciones en el dominio de la psicología, etcétera» (Carnap, 1955, 38; citado por Muguerza, 1971, 33-34). El sublenguaje teórico L_t y el sublenguaje observacional L_o estarían conectados, según Carnap, mediante unas «reglas de correspondencia», que sirven tanto para «correlacionar con la experiencia a una teoría, como asimismo para dirimir la competencia entre teorías científicas contrapuestas» (Muguerza, 1971, 34). Así, pues, dentro de la concepción positivista, como los términos y enunciados del lenguaje observacional son teóricamente independientes, esto es, unos y otros permanecen invariantes en cuanto a su significado de una teoría a otra, si nos encontramos con dos teorías contrapuestas — T_1 y T_2 — que se ocupen de los mismos hechos, aquella teoría que consiga explicar mejor una observación común, será confirmada, mientras que la segunda será disconfirmada. Es de esta manera, a través de los llamados «experimentos cruciales», como cree el positivista que es posible dirimir el conflicto entre teorías rivales (Muguerza, 1971, 35).

Los planteamientos de la «nueva» filosofía positivista, tal como la representan los trabajos de Kuhn (1962, 1970), Handson (1965) y Feyerabend (1965, 1970), sin embargo, ponen en duda la pretendida independencia entre observación y teoría, postulando más bien la estricta dependencia de todo lenguaje observacional en relación a su propio lenguaje teórico. Para Feyerabend, la tesis de la invarianza del significado de los términos y enunciados del lenguaje observacional, es un dogma del empirismo positivista (citado por Muguerza, 1971, 38).

El hecho de que no existan observaciones teóricamente neutrales y de que no existe experiencia sin teoría, tiene grandes repercusiones para la metodología científica. En el presente trabajo no nos ocuparemos de tales

consecuencias epistemológicas,⁴ excepto en lo que se refiere al tema de los datos censales y estadísticos y a su posible uso en la sociología.

Si toda observación y experiencia tienen un trasfondo teórico que las determina, ya podemos ver ahora la analogía que existe, en relación al uso de los datos estadísticos en sociología, entre la posición de los etnometodólogos, cuando rechazan la relevancia científica de todo dato censal, y la posición empírico-positiva de los sociólogos que se esfuerzan por reducir el «error de medición» de las muestras, y de conectar el lenguaje conceptual con el lenguaje teórico. Como claramente señala Hindess: «la concepción positivista de la estadística social niega el lugar y la función de la teoría en su producción. Las posiciones antipositivas [de los etnometodólogos] [...] hacen lo mismo. Donde unos localizan la fuente de desviación de la realidad en los errores de observación y recogida, errores que son evitables en principio y pueden ser minimizados en la práctica, los otros localizan esta desviación en las estructuras necesarias de la experiencia humana. Lo que es corregible en el primer caso es necesariamente incorregible en el segundo. El error común en ambas posiciones descansa en sus intentos por establecer la experiencia humana como fundamento del conocimiento, y en la negación consiguiente del lugar de los conceptos y de las formas racionalistas de demostración» (Hindess, 1973, 28).

La observación científico-cultural comienza, como bien ha señalado Znaniecki (1968, 175-176), en el momento que se intenta *estudiar teóricamente* los diversos sistemas en los que los valores dados se combinan en la experiencia cultural y actividad del grupo que se investiga. Es decir, la observación científica tiene que partir siempre de una teoría, y es con respecto a dicha teoría, y no en relación a ninguna «distribución verdadera» ni a la «experiencia básica humana», como hay que evaluar el material que se obtenga como consecuencia de la encuesta censal. Cualquier clase de categorías censales es siempre el resultado de una teoría determinada, sistematizada con mayor o menor coherencia, de lo que se deduce que no puede existir ningún tipo de prueba que muestre la mayor o menor aproximación de tal distribución de categorías —teóricamente conducida— a su distribución «verdadera», por la sencilla razón de que no existe esta última. Así, por ejemplo, no se puede medir el margen de error de una muestra basada en la dicotomía rural-urbano, porque tal dicotomía no existe en la realidad, es tan sólo un producto de una concepción teórica previa. El posible «error» surgirá realmente cuando al intentar asignar un caso espe-

4. Para una discusión marxista de la concepción del conocimiento como producción, y de la necesidad de plantear cualquier problema científico en el marco de una estructura teórica definida, ver Althusser (1967) y Althusser y Balibar (1969).

cífico a la correspondiente categoría rural o urbana, el encuestador se encuentre con dudas sobre su correcta asignación. Pero esto no se debe a un efecto de la conciencia del encuestador o al subjetivismo de su capacidad de observación, sino a un problema de ineficacia técnica e insuficiencia teórica en la elaboración de las instrucciones que determinan el contenido de las categorías rural y urbana. Los problemas que se presentan a los sociólogos rurales y urbanos para determinar la población rural y urbana, y las características del así llamado continuo rural-urbano (Gámiz y cols., 1972; Pahl, 1968), no son solucionables a través de la aproximación del lenguaje conceptual al lenguaje teórico, o a través de la minimización del error de medición, como tampoco a través de la comprensión del método por el que los sujetos confieren un significado cultural determinado a lo rural y a lo urbano.

La labor de la sociología es, más bien, la de reformular teóricamente ambos conceptos en términos de procesos sociales, de tal manera que las categorías rural y urbana queden redefinidas en función de propiedades tales que, en la recogida de datos con fines censales, el encuestador pueda asignar los casos específicos a la respectiva categoría censal sin ninguna duda. Es decir, lo que se necesita es lograr una elaboración teórica de los conceptos rural y urbano que permita la construcción de unas categorías censales perfectamente exclusivas y, por consiguiente, la preparación de unas instrucciones claras para que los encuestadores puedan asignar los casos a las categorías correspondientes sin necesidad de recurrir a interpretaciones subjetivas. Si tal clasificación no es posible, entonces los datos censales que aparezcan etiquetados como rural y urbano, aun siendo relevantes a efectos administrativos, serán de poco o ningún significado científico para el sociólogo. Feyerabend ha señalado recientemente que «la única tarea que podemos pedirle legítimamente a una teoría es que nos dé una visión correcta del mundo» (Feyerabend, 1974, 227). Si la teoría que informa la dicotomía rural-urbano no sirve ya para dar «una visión correcta del mundo», sobre todo en los países más industrializados, habrá que rechazarla y desarrollar otra que permita la construcción de categorías de agrupamiento de la población con las que construir censos de mayor relevancia sociológica.

Hace ahora casi cuarenta años que Talcott Parsons señaló que «en el campo social la información estadística disponible es de un nivel que no puede encajar directamente en las categorías de la teoría analítica» (Parsons, 1937, 328). Una década más tarde, Merton se mostraba mucho más optimista sobre la calidad de los cada vez más abundantes datos estadísticos que «re-orientan al teórico» (Merton, 1970; e.o. 1949, 123). Al afirmar esto, probablemente Merton sólo estuviera pensando en los censos

americanos, pues vistas las cosas, a mediados de la década de los setenta, desde la perspectiva española, no podemos menos que mostrar nuestro pesimismo acerca de la posibilidad de que las estadísticas oficiales faciliten el más mínimo desarrollo teórico de la sociología. Más bien nos parece que el retraso entre la complejidad de la estructura social de España y los datos estadísticos que la debieran reflejar, tiende a agrandarse, y ello no tanto por las razones expuestas por los etnometodólogos ni por insuficiencias técnico-estadísticas, como por los indudables sesgos ideológicos que se introducen en la elaboración de las estadísticas (Oltra y Salcedo, 1973) y, sobre todo, por la inercia administrativa que obstaculiza la innovación de nuevas categorías censales más acordes con el desarrollo teórico de la sociología en la actualidad.

Conclusión a través de un ejemplo

En las páginas anteriores se han examinado una serie de argumentos expuestos en los últimos años por algunos sociólogos, en relación a la elaboración de las estadísticas oficiales y la utilización de los censos con fines sociológicos. Se ha señalado que tales argumentos se apoyan en una concepción más amplia de las formas científicas de demostración y prueba que adoptan algunas escuelas sociológicas. En ningún momento se ha pretendido negar la relevancia de lo que representan para el pensamiento sociológico actual las posturas globales de la etnometodología y del empirismo-positivista.

Desde mi propia visión integradora de las diversas posturas sociológicas, considero que tanto la posición etnometodológica como la positivista, destacan problemas que merecen ser tenidos en cuenta para el desarrollo de una ciencia social racional.⁵ Así, no podemos hacer otra cosa que mostrar nuestro pleno acuerdo con Cicourel cuando recaba para la investigación sociológica una mayor atención a la interpretación de la dimensión subjetiva: «Si es correcto suponer que las personas en la vida cotidiana ordenan su entorno, asignan significados o relevancias a los objetos, basan sus acciones sociales en racionalidades de sentido común, entonces no se puede hacer trabajo de campo o utilizar otro método de investigación en las ciencias sociales, sin tomar en consideración la interpretación subjetiva»

5. Entiendo la «racionalidad» como método, como una capacidad de la ciencia para enfrentarse a nuevos problemas. Esta visión de la racionalidad se encuentra inmersa en una concepción holista de la ciencia. Ver a este respecto el ensayo de Muguerza «Lógica, historia y racionalidad» (1974).

(Cicourel, 1964, 61). Igualmente, consideramos que merecen una preferencia grande en la investigación social los problemas de clarificación de conceptos, sistematización de los resultados empíricos y consecución de indicadores sociales que destacan Lazarsfeld y Blalock.

Pero la crítica que realizan tanto etnometodólogos como empiricistas al uso de los datos estadísticos en sociología, nos ha parecido incorrecta e insuficiente desde el punto de vista teórico. A partir de la distinción de Hindess entre instrumentos conceptuales e instrumentos técnicos para la producción de estadísticas, he intentado realizar una crítica superadora de las anteriores posturas, y he establecido una perspectiva desde la que evaluar con mayor rigor teórico los censos oficiales. Con el fin de precisar más mi postura, voy a desarrollar con cierto detalle una crítica a los resultados de un censo español concreto.

El Censo Agrario de España de 1972

Los datos que incluye el último censo agrario de España son de todo punto insuficientes para realizar un estudio de estratificación social del sector agrario español, como no sea a un nivel meramente aproximativo (García Ferrando, 1975). Pero la insuficiencia que el sociólogo percibe en este censo no puede imputarse a sesgos subjetivos de los encargados de preparar y realizar el estudio censal, ni a problemas de conexión de lenguajes conceptual y teórico, o a problemas de precisión de la muestra. Las causas de esta insuficiencia hay que buscarlas más bien en el modelo teórico que ha guiado la construcción de categorías de agricultores y de explotaciones agrarias a las que han tenido que ajustarse los encuestadores.

Las cuatro preguntas que incluía el censo agrario y que permitían una ulterior clasificación de los jefes de explotación agraria, son las siguientes: A) *¿Dedica el empresario más de la mitad del tiempo de su trabajo a la explotación?*, 1) sí; 2) no. B) *¿Cuál es la condición jurídica del empresario?*, 1) persona física, 2) pro-indiviso, 3) sociedad, 4) agrupación, 5) entidad pública, 6) comunal, y 7) otra condición; C) *¿Cuántas hectáreas de su explotación se encuentran en los siguientes regímenes de tenencia?*, 1) propiedad, 2) arrendamiento, 3) aparcería, 4) régimen comunal, y 5) otros; D) *¿Cuántas personas no asalariadas y asalariadas, permanentes y de jornada completa, tiene la explotación?*

De los poco más de dos millones y medio de empresarios agrarios censados, el 99,6 % son personas físicas, y el resto son sociedades, agrupaciones, entidades públicas, etc. De los empresarios personas físicas, el 52 % tienen como ocupación principal la agricultura —esto es, dedican más

de la mitad de su tiempo de trabajo a la explotación—, mientras que el 48 % restante tiene una ocupación principal distinta de la agricultura. De los 45 millones de hectáreas censadas, un 72,7 % se encuentran en régimen de propiedad, un 13,9 % están en arriendo, un 4,3 % en aparcería, y el 4,5 % restante se encuentra bajo otros regímenes de tenencia. Así, pues, la propiedad es el régimen de tenencia predominante de las explotaciones agrarias en España. Sólo un 25 % de las explotaciones están compuestas de tierras con más de un régimen de tenencia, mientras que el resto tiene un solo régimen de tenencia. El número de personas asalariadas a tiempo completo en las explotaciones censadas asciende a poco más de 340.000 personas, aunque el Censo no incluye su distribución por explotaciones, es decir, no se puede saber, a través de lo publicado en el Censo, la distribución de las explotaciones según el número de asalariados que trabajan en ellas. Como tampoco se puede saber, a través de lo publicado, el número de asalariados que trabajan en ellas. Como tampoco se puede saber, a través de lo publicado, el número de propietarios, arrendatarios y aparceros y la superficie real que cultivan.

La exposición de estos simples datos nos sirve ya para poner de manifiesto las ausencias de categorías censales que un sociólogo necesitaría para realizar un estudio estratificacional. Fijémonos en que el Censo Agrario no se interesa por el propietario real de la tierra, sino por los empresarios, y no clasifica a éstos según el régimen de tenencia sino a las propias explotaciones. Como quiera que un solo empresario puede tener más de una explotación —ahí están las propiedades de la nobleza española, recuperadas de las expropiaciones de la Segunda República una vez terminada la guerra civil. Se puede señalar que, por ejemplo, la casa de Alba posee fincas en prácticamente todas las provincias españolas. También hay que señalar que las grandes empresas dedicadas a los negocios agrarios controlan un número cada vez mayor de las mejores tierras en las provincias de mayor riqueza agraria. Pero nada de esto es reflejado por los datos censales —el Censo sobreestima el número de agricultores e infraestima las propiedades de los grandes propietarios. De esta manera, en los años setenta continuamos sin conocer *la situación real de la propiedad de la tierra en España*.⁶

Las actuales clasificaciones censales agrarias españolas parecen reflejar tanto la fórmula tripartita clásica de las clases sociales, como las precauciones tomadas para no publicar datos que pudieran perturbar el equilibrio

6. Para un estudio detallado de las fuentes de información sobre la estructura agraria española, ver Malefakis (1972).

inestable logrado sobre la propiedad de la tierra en España después de los intentos de Reforma Agraria de los años treinta.

Recordemos la exposición que hace Karl Marx de la fórmula tripartita de Smith y Ricardo: «Los propietarios de simple fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierras, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el régimen capitalista de producción» (Marx, 1971, 817). Los propietarios que reciben una renta del suelo serían, según los datos del Censo, los arrendadores y los dueños de las aparcerías, y los que reciben una ganancia serían los grandes propietarios que tienen en sus explotaciones personal asalariado. Pero como no se conoce el estado real de la propiedad de la tierra, por el sesgo antirreforma agraria dominante en el panorama español después de la guerra civil, no se pueden realizar clasificaciones precisas de acuerdo con la fórmula tripartita clásica. Todo lo más, se pueden hacer aproximaciones descriptivas de poco valor analítico.

Pero aunque los datos censales ofrecieran mayor información para conocer los propietarios del suelo y del capital, tampoco sería aconsejable utilizar el esquema clásico de distribución de las clases sociales, porque la actual estructura social agraria española, como la de cualquier otro país industrializado, es mucho más compleja que la que tuvieron oportunidad de estudiar, el pasado siglo, los padres fundadores de la economía. Las nuevas formaciones neocapitalistas de la agricultura, con los agronegocios y los contratos a gran escala, coexisten con la agricultura familiar en prácticamente todas las regiones españolas. Por eso, un censo agrario que quisiera reflejar la estructura agraria de la España de los años setenta debería comenzar por distinguir la agricultura familiar de la agricultura no familiar, esto es, a las explotaciones que emplean predominantemente la fuerza de trabajo de la propia familia, de aquellas otras que emplean principalmente mano de obra asalariada. Además, convendría distinguir a los empresarios que venden directamente en el mercado sus productos, de aquellos otros que se encuentran integrados en una red comercial-industrial más amplia. Todas estas clasificaciones deberían venir agrupadas de acuerdo con el volumen total de ventas de la explotación. Finalmente, el Censo debería atender a la situación real de la propiedad y de la gestión de la tierra. De este modo, podríamos conocer, entre otras cosas, el grado real de absentismo de los terratenientes, el número exacto de propietarios y las extensiones que poseen, y el grado de penetración en los negocios agrarios de las grandes sociedades capitalistas. No hay que olvidar, por

último, a las nuevas fórmulas de agrupación de agricultores, que también deberían ser recogidas adecuadamente por el Censo.

Con las anteriores sugerencias no se han agotado, por supuesto, las posibilidades de categorizaciones y clasificaciones que los estudios sociológicos ya realizados en España podrían sugerir a los confeccionadores del Censo, con el fin de obtener unos resultados censales que permitieran un mejor conocimiento científico de la sociedad agraria española. Pero con la actual clasificación censal, no se puede avanzar un paso más en el conocimiento de la estructura actual de la sociedad agraria española porque faltan los datos básicos que la componen. Por ello, aunque se mejoraran los métodos de observación y trabajo de campo de los encuestadores, se obtuvieran respuestas completamente veraces de los agricultores a las preguntas que incluye el actual cuestionario censal, y se logaran muestras perfectamente representativas, los resultados seguirían siendo igual de irrelevantes para la investigación sociológica como lo son en la actualidad.

Con lo que tenemos que enfrentarnos realmente como sociólogos, es con la elaboración de unos instrumentos teóricos que permitan delinear unas categorías censales, mutuamente exclusivas, como las anteriormente apuntadas o de otro tipo, que permitan una ordenación o clasificación de las explotaciones agrarias y de la población activa agraria, que sea relevante para los fines de la investigación sociológica. Las causas por las que la Administración decida incluir o excluir tales categorías serán de tipo ideológico, técnico, por inercia burocrática o de otro tipo —también pudiera ser competencia del sociólogo conjeturar a este respecto—, pero en cualquier caso, la crítica que tenga que hacer la sociología deberá basarse en presupuestos teóricos firmes que permitan una sustitución de las antiguas categorías censales por unas nuevas, más acordes con las formaciones sociales concretas de la sociedad española. Sólo fundamentando las categorías estadísticas y censales en conceptos y formas de demostración racionalistas, y no en el conocimiento intersubjetivo, se podrán obtener resultados que ayuden a «re-orientar al teórico» de la sociología tal como Merton, desde su optimista funcionalismo, creía que estaba ocurriendo, hace ya dos décadas, con la sociología y las estadísticas estadounidenses, pero que la historia sociológica de los últimos años no parece confirmar.

MANUEL GARCÍA FERRANDO

Departamento de Sociología
Universidad Autónoma de Madrid
Cantoblanco, Madrid

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, Louis
1967 *La Revolución Teórica de Marx*, México: Siglo XXI.
- Althusser, Louis, y Etienne Balibar
1969 *Para leer El Capital*, México: Siglo XXI.
- Attewell, Paul
1974 «Ethnomethodology Since Garfinkel», *Theory and Society*, vol. I, núm. 2.
- Berger, Peter L, y Thomas Luckman
1972 *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Blalock, Hubert M., y Ann B. Blalock
1968 *Methodology in Social Research*, Nueva York: McGraw-Hill.
- Boudon, Raymond
1971 *La Crisis de la Sociología*, Barcelona.
- Carnap, R.
1955 «Logical Foundations of the Unity of Science», en O. Neurath et al. (comps), *International Encyclopedia of Unified Science*, vol. I, Chicago.
- Cicourel, Aaron V.
1964 *Method and Measurement in Sociology*, Glencoe, Ill.: The Free Press.
- Cicourel, Aaron V.
1968 *The Social Organization of Juvenile Justice*, Nueva York: John Wiley.
- Douglas, J.
1967 *The Social Meanings of Suicide*, Princeton, N.Y.: Princeton University Press.
- Feigl, H.
1967 «Contemporary Science and Philosophy», en F. J. Crosson (comp.) *Science and Contemporary Society*, Londres: Notre-Dame.

- Feyerabend, Paul K.
 1965 «Problems of Empiricism», en R. G. Colodny (comp.), *Beyond the Edge of Certainty, Essays in Contemporary Science and Philosophy*, Englewood Cliffs, N. Jersey, 145-260.
- Gámiz, A., E. Sevilla, y J. Díez
 1972 «La población rural en España», en *Anales del Instituto Nacional de Investigaciones Agrarias*, núm. 3, 11-112.
- García Ferrando, Manuel
 1975 «Social Stratification in the Agricultural Sector of Spain: A Sociological Study of Census Data», *Sociologia Ruralis*, XV, 1/2, 1975, 107-118.
- Garfinkel, Harold
 1967 *Studies in Ethnometodology*, Englewood, New Jersey: Prentice-Hall.
- Hanson, Norwood R.
 1965 *Patterns of Discovery*, Cambridge.
- Hindress, Barry
 1973 *The Use of Official Statistics in Sociology*, Londres: McMillan.
- Kuhn, Thomas S.
 1962 *The Structure of Scientific Revolutions*, Chicago: University of Chicago Press.
- Kuhn, Thomas S.
 1974 «Reflections On My Critics», en *Lakatos & Musgrave* (1974), 231-278.
- Lakatos, Imre, y Alan Musgrave
 1974 *Criticism and the Growth of Knowledge*, Londres, Cambridge University Press (e.o. 1970).
- Lazerwitz, Bernard
 1968 «Sampling Theory and Procedures», en *Blalock & Blalock* (1968), 278-328.
- Malefakis, Edward
 1972 *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Barcelona: Ariel.
- Marx, Carlos
 1971 *El Capital*, vol. III, México: FCE (e.o. 1946).
- Merton, Robert K.
 1970 *Teoría y estructura sociales*, México: FCE (e.o. 1949).
- Muguerza, Javier
 1971 «Nuevas perspectivas en la filosofía contemporánea de la ciencia», *Teorema*, 3, 25-60.

«Papers»: Revista de Sociología

Muguerza, Javier

1974 «Lógica, historia y racionalidad», *Revista de Occidente*, núm. 138, septiembre 1974, 190-326.

Oltra, Benjamín, y Juan Salcedo

1973 «Estadísticas e Ideología», *Papers: Revista de Sociología*, vol. I, 67-96.

Ortega y Gasset, José

1965 *Obras completas*, tomo IX, Madrid, *Revista de Occidente*.

Pahl, R. H.

1968 «The Rural-Urban Continuum», en R. H. Pahl (ed.), *Readings in Urban Sociology*, Oxford: Pergamon Press.

Sacks, Harvey

1963 «Sociological Description», *Berkeley Journal Sociology*.

Schutz, Alfred.

1953 «Common-Sense and Scientific Interpretation of Human Action», *Philosophy and Phenomenological Research*, 14, 1-38.

Znaniecki, F.

1968 *The Method of Sociology*, Nueva York: Octagon Books (1a. ed., 1934).